

comandante. Fuimos á dar juntos un paseo por la ciudad, que me pareció muy poblada. Entonces ví lo que no habia notado en otras partes, y eran jóvenes griegas sin velo, vivas, risueñas, hermosas, é hijas en un todo de la Jonia. Es muy extraño que siendo Kircagach tan conocida en todo Levante por su escelente algodón, no se halla en la relacion de ningun viajero ni en mapa alguno.¹ Es una de las ciudades que los turcos llaman sagradas, porque pertenece á la mezquita mayor de Constantinopla, y los bajaes no pueden entrar en ella. Aquí debo recordar que ya hice mencion de su rica miel, hablando de la del monte Hy-metto.

A las tres de la tarde salimos de Kircagach y tomamos el camino de Constantinopla. Nos dirigimos al Norte, atravesando unas tierras plantadas de algodones. Subimos un montecillo, y bajando luego á una llanura, hicimos alto á las cinco para hacer noche en el kan de Kelembé. Probablemente será este el mismo lugar que Spon llama *Basculembai*, Tournefort *Baskelambai*, y Thevenot *Dgelembé*. Muy oscura es entre los viajeros esta geografía turca, porque cada uno ha seguido la ortografía segun le ha dictado su oído, y se necesita mucho trabajo para reconocer los nombres antiguos en los nombres modernos de la Anatolia. D'Anville no es tampoco completo en esta parte, y desgraciadamente el mapa de Propóntide, levantado por orden de

¹ El único que la nombra es Mr. de Choiseul. Tournefort habla de una montaña llamada Kircagan. Pablo Lucas, Pococke, Chandler, Spon, Smith y Dallaway nada dicen de Kircagach. D'Anville guarda el mismo silencio; lo mismo se observa en las memorias de Peyssonel. Si se encuentra en la relacion de alguno de los innumerables viajes al Asia, es de un modo muy oscuro y que se ha borrado enteramente de mi memoria.

(Nota de las dos primeras ediciones.)

Segun dicen, se encuentra Kircagach en un mapa de Arrousmith.

Mr. Choiseul, no hace mas que delinear las costas del mar de Mármara.

Fuí á dar un paseo por las cercanías de la aldea, y observé un cielo nebuloso, y el aire tan frio como en Francia. Esta era la primera vez que yo echaba de ver un cielo como este en el Oriente. Tal es la influencia de la patria, que sentia un placer secreto en contemplar un cielo triste y oscuro, en vez de aquella esfera brillante y pura que habia tenido tan largo tiempo sobre mi cabeza.

Si, dans sa course déplorée,
Il succombe au dernier sommeil.
Sans revoir la douce contrée
Ou brilla son premier soleil;
La son dernier soupir s'adresse
Veut que ses os soient remenés;
D'une région étrangère
La terre seroit moins légère
A ses mânes abandonnés!

El dia 8 al amanecer volvimos á emprender el camino por un terreno montuoso, que deberia estar cubierto de encinas, de pinos, de filireas y de terebintos, si los turcos los dejasen crecer; pero queman los retoños y arrancan los árboles, siendo un verdadero azote de los pueblos que dominan.¹ Las aldeas que se encuentran en estas montañas son pobres, pero abundan en muchas especies de ganados, y se ven los corrales llenos de bueyes, búfalos, carneros, cabras, caballos, asnos y mulas, mezclados con las galli-

¹ Tournefort dice que queman los árboles para aumentar los pastos pero en esto, como en todo, proceden néciamente los turcos, pues en Turquía falta la leña y sobran los pastos.

nas, pavos, patos y gamos. Algunas aves silvestres, como las cigüeñas y las alondras, viven familiarmente con aquellos animales domésticos, y entre tantos huéspedes mansos sobresale el camello, que es el más manso de todos.

Fuimos á comer á Geujouck, y continuando despues nuestro camino, tomamos el café en lo alto de la montaña de Zebec, y pasamos la noche en Chia-Ouse. Tournefort y Spon mencionan en este camino un lugar llamado *Cou-rougonlgi*.

El día 9 pasamos por unos montes aun más encumbrados que los del anterior, y los que, según Wheler, forman la cordillera del monte Timno. Fuimos á comer á Mandá-Fora, que Spon y Tournefort escriben Mandagoia, donde se ven algunas columnas antiguas. Generalmente se suele dormir allí; pero nosotros pasamos adelante, y llegamos á las nueve de la noche al café de Emir-Capi, que no es otra cosa que una casa aislada en medio de los bosques. Habíamos hecho una marcha de trece horas; el dueño de aquel establecimiento acababa de espirar; yacía tendido sobre su estera, la que quitaron al momento para dármele: estaba todavía caliente, y todos los amigos del muerto habían dejado ya la casa. Uno como criado, que era el único á quien encontré, me aseguró que su amo no había muerto de enfermedad contagiosa; yo hice tender mi manta sobre la estera, me acosté y me dormí. Otros dormirán á su vez en mi última cama, y no pensarán más en mí, así como yo no pensaba en el turco que me había cedido su lugar: "Echan un poco de tierra sobre la cabeza, y adios para siempre!"¹

El día 10, despues de haber andado seis horas, nos detuvimos á tomar el desayuno en la hermosa aldea de Souse-

1 Pascal.

verlé. Esta es sin duda el Sousurluck de Thevenot, y más positivamente el Sousighirli de Spon, y el Sousonghirli de Tournefort, esto es, las Bocas de agua. Está situada al otro lado de los montes que acabábamos de pasar. A quinientos pasos de esta aldea corre un río, y despues se forma una espaciosa y agradable llanura. Este río, que da nombre á la aldea, no es más que el Granico, y esta desconocida llanura la de Misia.¹

¿Cuál es, pues, el admirable poder de la gloria? Un viajero va á pasar un río que nada tiene de notable, le dicen que se llama *Sousonghirli* y sigue su camino; pero si alguno le dice: ¡ese es el Granico! vuelve atrás, fija sus miradas atónitas en él, como si aquellas aguas tuvieran un mágico poder, ó como si oyese en su orilla alguna voz extraordinaria. ¡Y un solo hombre hace tan famoso un riachuelo tan pequeño que se desliza por un desierto! Aquí se hunde un imperio inmenso; aquí se alza otro imperio mayor aún; el Océano Indico escucha la caída fragosa del trono que se derrumba cerca de los mares de la Propóntide: el Ganges vió volar el leopardo de las cuatro alas,² que triunfa en las orillas del Granico; Babilonia, que el rey había edificado en el apogeo de su poder,³ abre sus puertas

1 No sé en qué memoria ó en qué viajero ha encontrado D'Anville el nombre de *Ousvola*, dado al Granico. El modo con que, merced á mi oído, pude yo pronunciar Souseverlé, se acerca más al nombre escrito por D'Anville que Sousonghirlo ó Sousurluck.

(Nota de las dos primeras ediciones.)

Spon y Tournefort reconocen al Granico en el Sousoughirli.

2 Daniel.

3 Idem.

para recibir al nuevo señor; Tiro, reina de las naves, cae ¹ y su rival sale de los arenales de Alejandría.

Grandes crímenes cometió Alejandro porque se engrió con sus victorias; pero ¡con cuánta magnanimidad compensó los errores de su vida! Sus crímenes fueron expiados por su llanto, porque todo en Alejandro salía del corazón: acabó y comenzó su carrera por dos palabras sublimes. Al partir para hacer la guerra á Darío, distribuyó sus Estados entre los generales de su ejército: “¿Qué es, pues, lo que te reservas?” exclamaron éstos sorprendidos.—¡La esperanza!—¿A quién dejas el imperio? le preguntaron los mismos generales cuando espiraba.—Al más digno.—Coloquemos ahora entre estas dos palabras la conquista de todo lo conocido del orbe concluida en menos de diez años con solos treinta y cinco mil hombres, y convendremos en que si algún hombre ha merecido entre los hombres ser respetado como un dios, es Alejandro.

Su muerte prematura aumentó aún el esplendor de su memoria; porque siempre le vemos joven, hermoso y vencedor, sin ninguno de aquellos achaques corporales, sin ninguno de aquellos reveses de la fortuna que producen el tiempo y la edad. Desaparece esta especie de divinidad, y los mortales no pueden sostener el peso de su obra. “Su imperio, dice el profeta Daniel, fué dado á los cuatro vientos del cielo.”² Nos detuvimos tres horas en Sousonghirli, y las pasé contemplando el Granico. Este rio corre muy encajonado; su orilla occidental es difícil y escarpada, y el agua brillante y límpida se desliza por un fondo de arena. En el paraje donde yo le ví no tiene el cauce más de cua-

¹ Isaías.

² Véase la nota B al fin del tomo.

renta piés de ancho y cerca de tres y medio de profundidad; pero engrosada en la primavera su corriente, es impetuosa.

A las dos de la tarde salimos de Sousonghirli, pasamos el Granico, y entramos en la llanura de Mikalitzza, que estaba comprendida en la Misia de los antiguos. Fuimos á dormir á Tehutitsi, que es sin duda el Squeticui de Tournefort. El kan se hallaba lleno de viajeros, y nosotros nos acampamos bajo unos corpulentos sauces plantados con simetría.

El día 11, antes de amanecer, pasamos cerca de Bursa, que dejamos á la derecha, prosiguiendo el camino por una llanura cubierta de juncos terrestres, donde noté los restos de un acueducto.

A las nueve de la mañana llegamos á Mikalitzza, que es una ciudad muy populosa de los turcos, pero triste y medio arruinada, situada junto á un rio, á quien da su nombre. No sé si este rio es el que nace del lago Abouilla; pero sea como quiera, se descubre á lo lejos un lago que ocupa una parte de la llanura. En este caso el rio de Mikalitzza sería el Rhyndaco, antes el Lyco, que nace del Stagnum Artynia; con tanta mayor razón, cuanto que tiene precisamente en su embocadura la isleta (Besbicos) indicada por los antiguos. La ciudad de Mikalitzza dista poco del Lopodion de Nicetas, que es el mismo Loupadi de Spon, y el Lopadi, Loubat y Ouloubat de Tournefort. Esta confusión de la nomenclatura de los lugares es muy fatigosa para los viajeros; y si en esta parte he cometido algunos errores, suplico al lector recuerde también que no han dejado de equivocarse igualmente otros hombres más eruditos y hábiles que yo.¹

¹ Quizá, mientras yo hago estos cálculos, existirá alguna geografía.

Salimos de Mikalitzá á mediodía, y siguiendo la orilla oriental del río, llegamos á un terreno bastante elevado, que va formando ya la costa del mar de Mármara, llamada antiguamente la Propontide. A mi derecha descubrí grandes y hermosas vegas, un ancho lago, y á lo lejos la cordillera del Olimpo, cuyo conjunto presenta un magnífico paisaje. A la media hora pasamos un puente de madera, y habiendo salido del desfiladero, llegamos al puerto de Mikalitzá. Despedí al bribon del guía, y me embarqué en un barquichuelo turco que iba á hacerse á la vela para Constantinopla.

A las cuatro de la tarde comenzamos á bajar el río, por el que se navega diez y seis leguas hasta el mar. Hacia la desembocadura tiene este río la estension del Sena, y corre por entre hermosos y fértiles montecillos. La forma antigua de nuestro barco, el traje oriental de los pasajeros, los cinco marineros medio desnudos, la hermosura del río y sus solitarias orillas, hacian muy agradable y pintoresca esta navegacion.

A medida que nos acercábamos al mar, la parte del río que dejábamos á nuestra espalda formaba á la vista un largo canal, en cuyo fondo se reflejaban las colinas de donde habíamos bajado, iluminadas por los rayos del sol que acababa de ponerse. Delante de nosotros iban navegando los

ó alguna obra donde se pondrán mas en claro estas dificultades. Mas esto no probaria que yo haya despreciado lo que debia saber. Sin duda que debo conocer los autores clásicos; pero ¿cómo se me puede exigir que lea las novedades que todos los dias se dan á luz en Europa? Por desgracia he leído demasiado. Pero no puedo dejar de recomendar entre las obras modernas el *Compendio de la geografía universal* de Mr. Malte-Brun; obra excelente por su inmensa erudicion, por su crítica concienzuda, por sus nuevos descubrimientos, y por su estilo ingenioso y siempre acomodado á los objetos de que habla.

cisnes, y las garzas volaban hacia tierra para buscar sus acostumbradas guaridas. Este paisaje me recordó los rios de América cuando por la noche salia de mi canoa para encender lumbre en una ribera desconocida. De pronto se ensancharon las colinas y nos dejaron ver el mar. Al pié de sos promontorios habia una tierra baja, medio inundada por las avenidas del río: allí fondeamos junto á un terreno pantanoso, cerca de una cabaña, último kan de la Anatolia.

El 12 á las cuatro de la mañana levamos anclas; el viento era favorable, y en menos de media hora nos hallamos en la boca del río, disfrutando de una vista que merece describirse. A nuestra derecha y por encima de las tierras del continente, comenzaba á aparecer la aurora; á la izquierda se estendia el mar de Mármara; la proa de nuestro buque miraba á una isla; hacia el Oriente brillaba el cielo con un color de nácar encendido, que se amortiguaba á medida que iba aclarando; el lucero de la mañana fulguraba con una luz de púrpura, y debajo de esta espléndida estrella se veia apenas como una línea sutil el disco de la luna: un antiguo poeta hubiera dicho que Venus, Diana y la Aurora venian á anunciarle la llegada del mas brillante de los dioses. Este cuadro cambiaba á medida que yo le iba contemplando: prontamente innumerables rayos de color de rosa y verdes, lanzándose de un foco comun, se elevaron desde el Poniente al cenit: disipáronse estos colores, se reanimaron á su vez y volvieron á desaparecer, hasta que levantándose el sol sobre el horizonte, confundió todos los colores del cielo en una general blancura ligeramente dorada.

Dirigimos nuestro rumbo al Norte, dejando á la derecha las costas de la Anatolia: se echó el viento una hora des-

pues de salir el sol, y tuvimos que valernos del remo, porque duró la calma todo el día. Al ponerse el sol apareció el cielo muy encarnado, y sin ráfaga alguna, sintiéndose algún frío: á la parte de Levante tenia el horizonte como un color ceniciento, y el del mar era aplomado, y no se veia ave alguna: las apartadas costas parecian azuladas, pero no resplandecientes. Duró poco el crepúsculo, y de súbito anocheció. A las nueve volvió á soplar el viento del Este, y adelantamos bastante en nuestro camino. El día 13 al rayar el alba nos hallamos sobre la costa de Europa, delante del puerto de San Estéban; esta costa era baja y sin árboles. Hacia dos meses, día por día, y casi hora por hora, que yo habia salido de la capital de los pueblos civilizados, é iba á entrar en la capital de los pueblos bárbaros. ¡Cuánto habia visto en tan corto espacio de tiempo! ¡Cuánto me habia envejecido en dos meses!

A las seis y media pasamos por delante de la fábrica de pólvora, que es un edificio blanco y prolongado, construido á la italiana. Detrás de él se estendia la tierra de Europa, que parecia igual, pues presentaba un aspecto monótono, variado solo por algunos árboles y sembrados. Por encima de las crestas que formaba esta tierra, que se encorbaba describiendo un semicírculo, se descubrian ya algunos minaretes de Constantinopla.

A las ocho vino á bordo un caïque, y como la calma apenas nos dejaba mover, salí de la falúa, y pasé con mis criados á aquel barquichuelo. Pasamos casi tocando con la punta de Europa, donde se halla el castillo de las Siete Torres, que es una antigua fortaleza gótica que amenaza ruina. La niebla cubria á Constantinopla, y principalmente la costa del Asia: los cipreses y los minaretes que yo descubria por entre aquel vapor, parecian un bosque cuando

los árboles no tienen hojas. Al acercarnos á la punta del Serrallo, se levantó el viento de Norte, y en un instante barrió la niebla, y como por encanto me hallé en medio del palacio del jefe de los creyentes: esto fué como el golpe de la vara de un mago. Tenia delante el canal del Mar Negro, que serpeaba entre frondosas colinas, semejante á un ancho rio: á la derecha estaban los tierras del Asia y la ciudad de Scútari; á la izquierda la Europa, que formaba una espaciosa bahía llena de grandes navíos, y atravesada en todas direcciones por innumerables buques menores. Esta bahía, que se estrechaba entre dos colinas, presentaba á la vista y como en anfiteatro, á Constantinopla y Galata. La inmensa estension de estas dos ciudades y la de Scútari, los cipreses, los minaretes, los mástiles de los buques, que se elevaban y confundian por todas partes, el verdor de los árboles, el color blanco y encarnado de las casas, el mar que estendia sobre estos objetos su velo azulado y trasparente, no podia menos de causarme la mayor admiracion. No se exagera cuando se dice que Constantinopla ofrece el mas bello punto de vista del universo.¹

Desembarcamos en Galata, y al instante noté el gran movimiento que hay de continuo en los muelles; y la multitud de trajineros, de mercaderes y de marineros, en el diferente color de sus rostros, en sus diversas lenguas, en sus variados trajes, ya talares, ya cortos, sombreros, gorros y turbantes, conocí que aquellas gentes habian venido de todas partes de Europa y del Asia á habitar aquella frontera de los dos mundos. La ausencia casi total de las mujeres, la falta de carruajes y las cuadrillas de perros sin dueños, fueron las tres cosas que mas llamaron mi aten-

1 Yo prefiero sin embargo la bahía de Nápoles.